

California, que á pesar de la voracidad del tiempo, se han de perpetuar en la conservación.

Porque el que hace gloriosas acciones, aunque por sí como mortal es súbdito del tiempo para que lo consuma, pero no tiene el tiempo jurisdicción sobre las obras gloriosas, porque estas con una como inmunidad inmortal, están exentas de la jurisdicción del tiempo. Acabó la vida del padre Junipero como súbdito del tiempo, después de haber vivido setenta años, nueve meses, cuatro días, y trabajado en el ministerio apostólico la mitad de su vida, y en estas Californias diez y seis años, dejando fundadas en la antigua California, en la que vivió un año, una misión, y en esta setentrional y nueva California, antes solo poblada de gentiles, la dejó poblada con quince poblaciones, las seis de españoles ó gente de razón, y las nueve de puros naturales neófitos, bautizados por su reverencia y los padres compañeros.

Numerábanse cuando murió cinco mil ochocientos los bautizados, que con los que bautizaron en la antigua California pasaban de siete mil, y dejó confirmados en esta California á cinco mil trescientos siete, y para conseguir este espiritual fruto trabajó lo que queda referido. Estas acciones, por sí tan gloriosas, no se consumirán jamás por el tiempo, antes por ellas quedará su autor perpetuamente en la memoria de todos: *non recedit memoria ejus*. Como ni parece que el difunto padre tiene en olvido esta espiritual conquista, pues vemos se va cumpliendo la promesa que nos hizo poco antes de morir, que pediría á Dios por ella y por todos los gentiles para que se convirtieran á nuestra santa fe católica, lo que vemos se va cumpliendo, pues se va mucho aumentando el número de cristianos en todas las misiones desde la muerte de su fervoroso fundador.

En carta que escribí á todos los misioneros, dándoles noticia de la muerte de nuestro venerable prelado, les referí para su consuelo lo que poco antes de espirar me dijo y prometió, que no se olvidaría de nosotros ni de pedir á Dios por la conversión de la inmensa gentilidad que dejaba sin bautizar, para que logren el santo bautismo. A lo que me respondió el reverendo padre lector fray Pablo Mugartegui, ministro de la misión de San Juan Capistrano, de las últimas del Sur, que había sido su compañero el año de 73 y 74 en el viaje de mar y tierra desde Méjico hasta el puerto de San Diego, en cuyo tiempo conoció lo sólido de las virtudes de nuestro venerable prelado y amado presidente. "Veo lo que me dice de la promesa que nos dejó nuestro venerable prelado fray Junipero: *Dilectus deo, et hominibus*; y yo digo á vuestra reverencia que demos gracias á Dios, pues ya vemos en esta misión cumplida la promesa de nuestro venerable padre presidente fray Junipero, pues en estos cuatro meses últimos hemos bautizado mas gentiles que en los tres años

" últimos, y atribuimos estas conversiones á la intercesión de nuestro venerable padre Junipero, que lo estará pidiendo á Dios como se lo pedía incesantemente en vida, y piamente creemos que está gozando de Dios, y que con mas fervor lo pedirá al Señor, de quien sin duda alcanzará la conversión de los muchos que hemos bautizado en estos cuatro meses que se han cumplido desde su muerte; estos son indios que han venido de muy lejos y son de distinto idioma que los naturales de esta misión, pues ha sido preciso valernos del intérprete de San Gabriel; y viendo que ellos por sí solos han venido de tan lejos á pedir el bautismo, piamente creemos ser movidos de impulso interior, que les alcanzará nuestro venerable padre de Dios nuestro Señor, padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, que en medio de la pena que nos causó la noticia de su muerte, nos consuela con el crecimiento número de hijos con que se va aumentando este espiritual rebaño."

Lo mismo que me escribió dicho padre lector Mugartegui de su misión de San Juan de Capistrano, creo podrían haberme escrito los demás misioneros, pues viendo que el número de bautizados que había en las misiones el día que murió el venerable fundador era de cinco mil ochocientos, el día último del mismo año de 84, según consta de los informes años que me remitieron los padres misioneros, era el número seis mil setecientos treinta y seis, por lo que sé que en los cuatro meses después de la muerte del venerable fundador, se habían bautizado novecientos treinta y seis, á cuyo número ningún año entero ha llegado desde que se comenzó la conquista, y me escribieron los misioneros que proseguía la conquista con grande aumento, atribuyéndolo á la intercesión y ruegos del venerable fundador, que en el cielo pedirá á Dios por la conversión de toda esta inmensa gentilidad, y según hacer el aumento de las conversiones, se irá extendiendo la memoria de su principal conquistador, que si juntamos á sus gloriosas acciones lo heroico de sus virtudes (de que hablaré en el siguiente capítulo), podremos cantarle el verso de David (Psal. 111, vers. 7) *in memoria aeterna erit justus*, que como tan laborioso operario de la viña del Señor, y tan ejemplar en sus operaciones, será delante de Dios eterna su memoria.

#### CAPITULO ULTIMO.

EN QUE SE RECOPIAN LAS VIRTUDES QUE SINGULARMENTE RESPLANDECIERON EN EL SIERVO DE DIOS FRAY JUNIPERO.

Si con atenta reflexion se lee la historia que antecede de la vida y apostólicas tareas del venerable padre fray Junipero, se hallará que su

laboriosa y ejemplar vida no es otra cosa que un vistoso y hermoso campo matizado de todo género de flores de excelentes virtudes. Para conclusión de la historia intento en este último capítulo (que dividiré en párrafos), recopilar las principales que se observaron y que no pudo ocultar su humildad, y que para cumplir con la doctrina del divino Maestro debía hacerlas en público, para que viéndolas los nuevos cristianos, que con su predicación convirtió y agregó al gremio de la santa Iglesia, las practicasen y alabasen á Dios. Pero las demás que no conducían al dicho fin, procuraba con mayor cuidado ocultarlas aun de los mas estimados compañeros, de los mas confidentes ó inmediatos, observando á la letra el precepto que nos intima Jesucristo por san Mateo (cap. 6 v. 3): *Nesciat sinistra tua, quid faciat dextera tua*, por cuyo motivo no puedo dar razón de sus virtudes interiores. Porque no obstante la estrechez y amor que desde el año 39 le debí, y que desde el año 49 se confesó conmigo, mientras que vivíamos, y si había algunas temporadas de separación por la obediencia ó cumplimiento del apostólico ministerio, procuraba cuando nos volvíamos á juntar hacer confesión general de aquel tiempo, renovando las que en el intermedio había hecho; no obstante este santo ejercicio de treinta y cuatro años, nada puedo decir de su vida interior, si solamente podré referir de lo exterior que no pudo ocultar, su profunda humildad, en cumplimiento del encargo que hace Jesucristo: *Luceat lux vestra, etc.*, que según San Gregorio, es lo mismo que tener en las manos lámparas encendidas, para que viendo los actos de las virtudes exteriores, se muevan á alabar á Dios como autor de ellas: *Lucernas quippe ardentes in manibus tenemus, cum per bona opera proximis nostris lucis exempla monstramus*.

Pero aun de esto no hay lugar para decirlo todo, y me contentaré con referir solo algunos actos de las virtudes que tienen visos de heroicas, para lo cual noto con los auditores de la Sagrada Rota en la Causa de San Pedro Regalado, que de dos modos puede uno tener las virtudes en grado heroico: el uno en cuanto el hombre anhela a este modo como divino, que se llaman virtudes purgativas; el otro en cuanto tiene ya el hombre conseguido el fin de estos anhelos en cuanto es posible en esta vida mortal, y estas se llaman virtudes de ánimo purificado, cuales fueron las de la Virgen nuestra Señora y de algunos esclarecidos santos.

No hablo de estas, pues como dicen los mismos auditores, se hallan en muy pocos santos; solo hablaré de las primeras, de las que hablando el cardenal Aguirre (Tract. de virtutibus et vitiiis, dist. 12. q. 3. sec. 5. num. 49) después de haber dicho que no se pueden conocer por sí mismas, sino solamente por los efectos, obras ó acciones externas y palabras, según aquello de

Cristo: *Ex fructibus eorum etc.*, dice: *Quisquis non praecepta solum, sed concilia Evangelica semper, et toto animi conatu deprehenditur observasse usque ad ultimum vite momentum, neque unquam declinasse ab ea difficili et angusta via, verbo facto, aut omissione, idque iudicio communi hominum tantam vite perfectionem admirantium in mortali homine, his sane probabiliter creditur fuisse praeclitus virtutibus per se inditis in gradu heroico; immo etiam virentibus acquisitis in eodem gradu*. Cuyos efectos declara el Sr. Benedicto XIV (en el cap. 22 del lib. 3 de Serv. Dei Beatif.) por estas palabras: *Ut sit heroica efficere debet, ut eam habens operetur expedite, prompte, et delectabiliter supra communem modum ex fine supernaturali, cum abnegatione operantis, et affectuum subjectione*.

Esto es, para que una virtud sea heroica, ha de hacer que el que la tiene obre con expedición, prontitud y delectación sobre el modo comun de los hombres, y esto por fin sobrenatural, con abnegación suya y sujeción de todos sus afectos y deseos, cuyas autoridades de varones tan doctos del citado cardenal de Aguirre y del santísimo padre el Sr. Benedicto XIV me servirán de piedra toque para conocer los quilates de las virtudes de nuestro venerable padre; y dando principio á ellas, comenzaré por la humildad, á la que llama san Agustín cimiento de la fábrica del espiritual edificio, intentando yo el hacer un diseño de la fábrica que edificó el venerable padre Junipero con el ejercicio de las virtudes, valiéndome de lo que Fortunato Scaccho, citado del santísimo padre el Sr. Benedicto XIV (lib. 3 de Canoniz. SS. cap. 24. núm. 48), dice: "Esta virtud de la humildad es tan necesaria y esencial en los imitadores de Cristo, que según los dogmas enseñados por Jesucristo, creemos ser el fundamento para la formación de todo el edificio espiritual, según la norma del santo Evangelio. Y siendo necesarios muchos actos de virtud en grado heroico en cualquier fiel y católico para la perfecta santidad; por esto cuando se buscan razones para probar la santidad de algun siervo de Dios, lo que primero se busca es su humildad."

#### § I.

##### PROFUNDA HUMILDAD.

Es la humildad en sentir de San Bernardo, citado por santo Tomás de Villanueva (Conc. 1 de San Martino), una virtud por la cual el hombre con el verdadero conocimiento de sí mismo se tiene por despreciable, conociéndose miserable y contentible, por el profundo y claro conocimiento de sí mismo. Esta nobilísima virtud enseñó el divino Maestro á sus apóstoles y discípulos, así de palabra como por ejemplo: *Discite a me quia mitis sum et humilis corde*. Esta

divina doctrina de tal manera imprimió en su corazón su humilde siervo fray Junipero, que en cuanto lo llamó el Señor por medio de su divina gracia para el apostólico instituto, que desde luego propuso en su corazón imitarlo, siguiendo su doctrina en cuanto le fuera posible, poniéndola en práctica, empezando su oficio de la predicación descalzándose á imitación de Jesucristo de las sandalias, como nos lo dice la venerable madre sor María de Jesús de Agreda en su Mística Ciudad (part. 2. lib. 4. cap. 28. núm. 685), contentándose con el humilde uso de las alpargatas, de que usó hasta la llegada al colegio, que para seguir ó imitar á los del colegio volvió á usar de sandalias, hasta que saliendo á las misiones de la Sierra Gorda, volvió á descalzarse de las sandalias y prosiguió con las alpargatas hasta que se consumieron.

Hablando el Sr. Benedicto XIV de los actos de la virtud de la humildad, cuenta entre ellos la sincera abnegación de sí mismo, por la que en sus obras buenas se reputa uno siervo inútil, según lo de san Lucas (17. v. 10.) Cum feceritis omnia que precepta sunt etc. De tal manera se reputaba por inútil entre los demás misioneros el padre Junipero, que cuando se regresaba á su misión, concluida la visita de las demás, prórripia con estas humildes y fervorosas palabras: "Edificado vengo del fervor de celo de todos los padres compañeros, de lo muy adelantadas que tienen sus misiones, en lo temporal y espiritual, y ciertamente es esta misión la más atrasada," como queda dicho en el cap. 49; y no solo en el ejercicio de la misión entre infieles, sino también entre fieles, se reputaba por el más inútil, edificándose cuando sabía el fruto que sacaban los otros misioneros. Y siendo mucho mayor el que su reverencia sacaba, y mayores las conversiones que de sus fervorosos sermones se seguían, lo reputaba por mucho menos que el de los demás, dando á entender ser siervo inútil y sin habilidad, sintiendo esta falta, que impedía á su parecer la mayor gloria de Dios y servicio del colegio, y puntual cumplimiento de la obediencia.

Después de haber empleado su espíritu y fervor en las conversiones de la Sierra Gorda, lo ocupó la obediencia en el de vicario de coro, en lo que se ofrece cantar; cuyo cargo admitió con toda humildad y sumisión, quejándose de sí mismo como inútil, por ignorar la solfa, como queda dicho. En otra temporada que lo tuvo empleado la obediencia como maestro de novicios, se consideró inútil para ello; y por obediente lo admitió con la mira de ejercitarlo, no como maestro, sino como novicio, practicando lo mismo que aprendió en el noviciado, recién llegado al colegio, como queda insinuado; añadiendo lo que su fervoroso espíritu le dictaba, sin ser molesto á sus novicios, de los que viven todavía algunos en el colegio, los que se tienen por felices y dicho-

ses de haber sido hijos de tan ejemplar maestro.

Otro acto de humildad cuenta en los siervos de Dios el señor Benedicto XIV, y es sentir y huir las honras y aplausos que se le tributan, y no recibir las dignidades sino forzados de la obediencia ó de la autoridad de los superiores. Queda ya dicho cómo renunció los aplausos que tenía en su patria y amada provincia, y no se contentó con solo esto, sino que lo mismo fue poner los pies en el barco, que decirme: ya se acabó, todo respeto y mayoría entre los dos, se acabó, ya la maestría y reverencia: somos ya en todo y por todo iguales; y con las obras en cuanto se ofrecía, siempre se reputaba por el menos entre los dos, con harta rubor mio y admiración de todos los que lo veían; de modo que lo mismo era poner los ojos en él, así seculares como eclesiásticos, aun de los de más alta dignidad, y regulares, que formar un gran concepto de él de humilde, docto y santo.

En este concepto lo tuvieron todos los religiosos del convento de Málaga, que fué el primero que pisamos cuando salimos de Mallorca, y el que más percibió su humildad y literatura fué el reverendo padre guardian, lector jubilado de aquella provincia de Granada, queriendo probar el concepto que de dicho padre Junipero tenía hecho, y en breve conoció no haber sido fallido el concepto que á primera vista había hecho del dicho padre. Pero, conociendo el humilde padre el demasiado cariño que experimentaba de aquel prelado, luego luego determinó apartarse y que nos fuémos al barco, como se ejecutó. En este mismo concepto lo tuvo el reverendo padre comisario de la misión en cuanto llegamos al hospicio de Cádiz, y lo mismo juzgaron los padres de la misión de nuestro colegio, y los de la misión del colegio de Querétaro, que estaban en otro hospicio con su comisario, que lo era de todas las misiones y colegios.

En este mismo concepto lo tuvieron así el capitán y oficiales del navío, en cuanto lo vieron subir á él, y lo mismo juzgaron la gente de la tripulación desde el primero hasta el último, y todos los padres de la misión de los reverendos padres dominicos con su presidente, que había sido lector en Salamanca, quien luego trabó gran amistad con el venerable padre, de quien hizo mayor concepto que todos los demás. En el mismo concepto lo tuvieron los seculares en quantos caminos anduvo, y en quantos pueblos y haciendas paró, no solo en tiempo de misioner, sino aun yendo de paso, dejando en todas partes gran fama de humilde y santo, no olvidándolo aun después de muchos años de vista, quedándose á su presencia su fisonomía; si no es que algunos por estas sus virtudes las tenían impresas en su humilde aspecto. Así parece que las leyeron en gran parte lo vieron los ilustrísimos señores obispos de la Puebla de los Angeles y de Oajaca, ó Antequera, cuando fué á predicar misión en dicha pu-

dad con otros cinco misioneros de nuestro colegio. Pasando por la ciudad de Puebla, fueron los seis á tomar la bendición del ilustrísimo prelado, y á pedirle las licencias de confesar en los pueblos de su obispado que habían de cruzar hasta llegar al de Oajaca. En cuanto los vió el ilustrísimo prelado, les concedió á todos las licencias que le pedían, y poniendo la vista en el venerable padre Junipero, que no había hecho la propuesta por no ir de presidente, sino otro mas antiguo, le preguntó cómo se llamaba. Y diciéndole que fray Junipero, dijo su ilustrísima á su secretario: Pues á este padre se le dan generales las licencias y perpetuas para hombres, mujeres y niños hasta las recoletas, y á los demás para hombres y mujeres solamente.

El ilustrísimo de Oajaca, en cuanto lo vió le concedió lo mismo, y le encomendó que había de hacer misión á toda la clerecía á puerta cerrada, como lo practicó con edificación de todos, con mucho fruto, y con universal concepto de muy docto é igualmente fervoroso y prudente, como queda insinuado en el capítulo 10, y por poco que lo tratasen formaban de él grande concepto de su literatura y mucha profundidad. En el mismo concepto lo tuvieron los religiosos del colegio desde el primer día en que él puso los pies, teniéndolo por muy virtuoso; y lo que más alababan y alabaron de él fué su humildad profundísima, viéndole hecho un novicio corista, leyendo en la mesa con mas gusto que si leyese en la cátedra de la universidad, y sirviendo en ella, como ya queda dicho, como si fuera el menor del colegio.

Recien llegado á él, viéndolo tan humilde, simpático y recogido, quisieron probar su literatura, para cuyo fin le encomendó el prelado el sermón de san Fernando, patron del colegio; en el que expuso el salmo 44. *Eructabit cor meum verbum bonum: dico ego opera mea Regi;* refiriendo toda la vida y virtudes del santo; dejando no solo á todo el auditorio, sino á toda la comunidad admirada de tan peregrinas noticias y tan bien tejidas con los versos del salmo; sintiendo todos que un hombre tan docto y ejemplar se fuese á atrincherar entre los infieles; para cuyas misiones lo tenía ya nombrado la obediencia. Y para que no se fuese fueron muchos de los padres viejos y discretos á pedir al reverendo padre guardian para que no saliese del colegio. Pero conociendo el prelado el fervoroso celo del dicho padre Junipero, no quiso privarle de empleo que tanto anhélaba, de la conversión de los gentiles. Y no solo no condescendió á que se quedase en el colegio, sino que lo eligió de presidente de las santas misiones, como queda dicho. Pero viendo el título y patente de presidente, luego fué el humilde padre al prelado á renunciarla, tomando por motivo la falta de práctica por tan novísimo en el ejercicio. Y fueron tan eficaces sus súplicas, que hubo el reverendo padre guardian de ad-

mitirle la renuncia, con lo que quedó contentísimo el humilde padre.

Pero al año y medio que se celebró en dicho colegio el capítulo, en el que fué electo de guardian el que fué su maestro de novicios y gran maestro de la mística, el venerable padre fray Bernardo Pineda, le remitió este nuevo patente de presidente de las misiones, mandándole por santa obediencia la admitiese. Así lo practicó, y en cuanto cumplió los tres años, no obstante que el oficio de presidente no tiene tiempo señalado, renunció con otro guardian, diciéndole que si era oficio honroso, participasen todos, y si gravoso, también. Con lo que se la admitió, quedando el humilde padre contentísimo sin tal carga por entonces; y mas despejado para ejercitarse en la humildad, como lo practicó, no contentándose con instruir á aquellos neófitos, y en los demás ejercicios espirituales, como queda dicho en el capítulo 7, sino también se ejercitó en el ejercicio temporal hasta no desafiarse de practicar los oficios más bajos y más humildes, como de peon de albañil y de acarrear piedra para la fábrica de la iglesia; hacer mezcla con los muchachos como si fuese uno de ellos, y con los grandes acarrear madera para la dicha fábrica, metiéndose también entre los albañiles á llenar los huecos entre las piedras con ripios para macizar las paredes, con un traje humildísimo, con el hábito hecho pedazos, envuelto en un pedazo de manto viejo, siendo así que es una tierra muy caliente, y por sandalias traía un pedazo de cuero crudo, que es el calzado de aquellos indios, que en su lengua llaman *apats nipsis*, que es lo mismo que guaracha ó abarca; de modo que al verlo edificaba á todos, como edificó al que fué su maestro en la mística recién llegado al colegio el citado padre Pineda, que viéndolo un día metido entre una cuadrilla de indios que pasaban de veinte, que cargaban una grande viga, ayudando él á llevarla, y que por más chico que ellos no alcanzaba, metió el pedazo de manto. Edificado de lo que veía, me llamó á toda prisa para que yo lo viera, juzgando me vendría de nuevo, me dijo: mire su lector cómo anda el via crucis y con qué traje. A lo que le respondí: eso es de todos los días. Otros casos particulares podría referir en prueba de su humildad, lo que omito por no ser molesto.

Y si por humilde logró en la Sierra Gorda el sacudirse de la prelación, no así en la California, que se vió precisado á cargarla diez y siete años hasta la muerte. Quanto mayor era la honra que le seguía, tanto mayor era la repugnancia que á ella tenía, poniendo todos los medios que lo dictaba su humildad y prudencia, para evitar toda ocasión. En todos los capítulos salía electo en guardian, y en uno de ellos que le aseguraban saldría confirmado, hizo cuantas diligencias pudo para no hallarse en el colegio al tiempo del capítulo, que fué en ocasión de estar en Méjico

haciendo las diligencias en conseguir providencias para estas conquistas. Y siendo así que todavía faltaban muchos meses para el tiempo de la salida del barco de San Blas, hizo fuga á la honra que le querian dar para el puerto de San Blas, con lo que evitó la ocasion de ponerse en peligro de haber de admitir la guardiana.

Quedan ya insinuadas las diligencias que practicó para huir de las mayores honras que le vaticinaban, como tambien consta de su apostólico celo en aumento de estos nuevos establecimientos. Vióse dos años antes de morir apurado por lo mucho se que atrasaba esta conquista, y que los que debian dar todo calor y fomento practicaban lo contrario, atrasando y destruyendo las misiones, así en lo espiritual como temporal. Y manifestándose el dolor que le causaba en su corazón, le dije: "Mi padre lector, no seria malo, sine muy conveniente, que vuestra reverencia escribiese al excelentísimo señor Galvez, que actualmente se halla de ministro y puede tanto con el rey; que haciéndole presente el estado en que nos hallamos, y que supuesto que su excelencia fué el primer móvil de esta conquista, intervenga con su majestad para su conservacion y aumento." A lo que respondió con un tierno suspiro: "Si este señor no pudiese tanto como puede, le escribiera; pero como puede tanto, no quisiera supiese que todavía vivo; encomendémoslo á Dios, que todo lo puede." Cuya expresion toda se dirigia á lo que años antes decian se le esperaba una grande honra, y por huir de lo que podia suceder, queria reputarse como ya difunto.

## § II.

### VIRTUDES CARDINALES.

Formado el cimiento del espiritual edificio, que es la virtud de la humildad, se sigue levantar robustas columnas que puedan sostener la suntuosa fábrica de la perfeccion cristiana. En sentir de san Bernardo, son estas columnas las cuatro principales virtudes cardinales, llamadas así porque son como los quicios de la perfeccion. La primera de estas virtudes es la

### PRUDENCIA.

Que es la que regula todas las demás virtudes, y por esto si en las otras se experimenta la heroicidad, se hace preciso que ella lo sea. Es esta la sal que todo lo sazona, y para sazónarlo todo, de modo que se proporcione á diversos paladares, se ve cuán heroica deba ser la virtud de la prudencia. Hablando de ella san Antonio Abad en una espiritual conferencia con sus hijos, después de oír sus pareceres, dió el suyo el santo diciendo: que la prudencia era entre todas las virtudes la mas necesaria; porque esta enseña á

elejir el medio entre los extremos, que casi siempre son viciosos. Esta nobilísima virtud resplandeció en gran manera en el siervo de Dios fray Junipero. Así lo manifestó el acertado régimen de sus acciones propias y la direccion de las ajenas, con que gobernó su espíritu, unido siempre al sumo bien, desviándose de los precipicios, para no tropezar en los riesgos; y alumbró con discrecion á los prójimos que lo consultaban en sus dudas, así en el confesonario como fuera de él; quedando todos muy consolados con sus doctos y prudentes pareceres, dirigidos siempre al bien espiritual de sus almas.

Fué su modestia singular, sin afectacion su humildad, sin hazañeria, sin altivez, sin hipocresia su devocion, y su religiosa llaneza sin resabio alguno de relajacion: fué siempre docilísimo y desconfiado de sí mismo para el acierto de sus dictámenes, por cuyo motivo consultaba siempre con sus compañeros, aunque fuesen los menos antiguos, mas nuevos en el ejercicio, valiéndose del pretexto del comuz adagio, que mas ven cuatro ojos que dos, principalmente en los asuntos gravísimos, que fueron muchos los que se le ofrecieron, así en las conquistas de la Sierra Gorda como mucho mas en las Californias y en las conquistas de Monterey, procurando consultar mientras habia lugar á los prelatos del colegio y al venerable discretorio de él, remitiéndoles copia de las cartas que recibia de los excelentísimos señores vireyes, comandantes generales y gobernadores de las provincias, remitiendo al mismo tiempo sus respuestas, para que antes de entregarse á dichos señores, se leyesen por el prelado y padres discretos, conformándose con sus prudentes pareceres, desconfiando de sí mismo, suplicándoles que antes borrasen lo que les pareciera conveniente, nivelando hasta lo mas mínimo por el dictámen ajeno, para distinguir mas seguramente lo verdadero de lo falso, lo bueno de lo malo y lo provechoso de lo nocivo, sujetándose al dictámen ajeno.

No obstante de haberlo adornado Dios de quantas partes componen á esta prenda de la naturaleza, de inteligencia, circunspeccion, cautela, experiencia y agudeza, como por su humildad profundísima no conocia en sí tales prendas, recurria al dictámen ajeno, principalmente al del prelado. Consiguio con este y su industria continuos aciertos en quantos negocios gravísimos se le ofrecieron en las conquistas, dejándolas en tal estado, que dejan admirados á quantos han visto y leído el feliz progreso de ellas en tan breve tiempo de fundadas.

No es menor prueba de su heroica prudencia el haberse mantenido tantos años de presidente superior de una comunidad tan repartida, en el tramo de mas de doscientas leguas, tan apartados unos de otros, y de la vista de su prelado, que podian entibiarse; pero era tal la prudencia del fervoroso prelado, que tuvo siempre á sus

súbditos muy contentos y conformes á sus disposiciones, de modo que no hubo la menor queja contra dicho venerado prelado. Mantuvo siempre á todos sus súbditos muy contentos en la mision á que los destinaba, á quienes solia visitar una vez al año mientras que le fué posible, con cuya visita quedaban todos consolados, alegres y fervorosos en el apostólico ministerio, descansando bajo de su frondosa sombra, de modo que podiamos decir lo que de Elias dice el sagrado texto, cap. 16, lib. 3, Reg., v. 5, que dormiamos y descansábamos en todo bajo la sombra del Junipero: *Procegitque se et ab dormivit in umbra Juniperi*: que aunque árbol de estatura pequeña, y todos nosotros extendidos en el tramo de mas de doscientas leguas, no obstante que por corresponder chica sombra proporcionada al árbol, nos cubria á todos con sus continuos y eficaces consejos, que con su bien cortada pluma incesantemente nos daba; cuyos consejos, no solo nos dirigia, sino tambien que á todos con ellos nos dejaba consolados y animados para la conversion de los gentiles y para los adelantamientos espirituales y temporales de la mision.

Este especialísimo don de consejo, efecto de la prudencia, no solo lo experimentamos en este siervo de Dios nosotros sus súbditos, sino quantos lo consultaban, quedando todos edificados y convencidos de la evidencia con que les hacia ver la razon, para salir de sus dudas.

### JUSTICIA.

La segunda de las virtudes cardinales es la justicia, segunda columna de la fábrica del edificio espiritual; de la que hablando san Anselmo (in lib. Cur Deus homo), dice que es una libertad del ánimo varonil, que da á cada uno su propia dignidad: al mayor da reverencia, al igual paz y concordia, al menor doctrina y consejo, obediencia á Dios, santificación á sí mismo, al enemigo paciencia y al necesitado laboriosa misericordia: *Justitia est anima libertas, tribuens unicuique suam propriam dignitatem: majori reverentiam, pari concordiam, minori disciplinam, Deo obedientiam, sibi sanctimoniam, inimico, patientiam, egeno operosam misericordiam.*

Esta virtud con todos sus actos que refiere san Anselmo, la tuvo y practicó el venerable fray Junipero, atendiendo á todos segun la dignidad de cada uno, dando al mayor toda reverencia, á los iguales paz y concordia, á los menores doctrina y enseñanza, á Dios la debida obediencia, á sí mismo rectitud en sus obras, al contrario que le impedía los fervorosos deseos, paciencia, y al pobre y necesitado laboriosa misericordia.

En toda su vida procuró toda la reverencia debida desde niño á sus padres, en la religion á todos sus superiores, venerándolos con la mayor sumision, obedeciendo á cuanto se le insinuaba ó mandaba, siendo en este punto bastantemente mirado,

por no faltar en lo mas mínimo á la voluntad del prelado. Bastante prueba es la carta que me escribió desde el pueblo de Tepic, que queda copiada en el cap. 33.

Prueba tambien lo que practicó con un gran bienhechor, así del colegio como de las nuevas conquistas, que estando en la actual fundacion de la mision de nuestro padre San Francisco, le pidió le enviase un informe individual de cuanto habia en aquel puerto y de lo que pasase en las dos misiones y del fuerte ó presidio, suplicándole fuese con bastante extension. Al mismo tiempo recibió carta del prelado en que le mandaba no se informase á los seculares, y así lo cumplió, enviando la misma carta de dicho bienhechor al prelado, diciéndole: "que habia recibido al mismo tiempo su carta, y estaba tan pronto á obedecer sus órdenes, que ni aun contestaba al bienhechor de haber recibido su carta; pero me alegraria mucho que supuesto tiene su reverencia informe de todo, el que satisfaga al bienhechor y le dé alguna excusa por no haberle yo escrito por muy ocupado, como en la verdad lo estoy."

No obstante que del contenido de dicha carta podia entender el padre presidente que no le comprendia á él, sino á los particulares, no quiso interpretar el contexto de ella, sino entenderla á la letra, como si solo á él se le escribiese; pero en breve conoció podia haberse desengañado, pues vió la respuesta del prelado que no hablaba con tanto aprieto; sino que él podia informar privadamente con toda verdad á los sujetos que juzgase conveniente como prelado, para el bien de la conquista; pero no los particulares, que podian informar lo que ignoran, y solo dicen lo que oyen á los soldados, que nada entienden con formalidad.

En otra ocasion recibió carta tambien del prelado, en que disponia se suspendiesen las misiones de la canal, por los motivos que le expresaba, en ocasion que ya estaba la una de las tres fundadas. Y como era tan tímido en no faltar en lo mas mínimo á la voluntad del prelado, empezó á recelar si seria faltar á ella si se proseguia la mision, ó si debia mandar suspenderla; y no se aquietó hasta que tuvo el parecer de los misioneros mas inmediatos, que le respondieron que no se comprendia la mision fundada antes de recibir el orden, si solo á los dos que todavía no se habia dado mano á ellas, como mas largamente queda dicho en el cap. 55.

Con todos procuró siempre tener grande paz y concordia, tratando no solo á los iguales, sino aun á los mas mínimos con mucha afabilidad y amor paternal, dando á todos doctrina y enseñanza, dirigiéndolos para el cielo con sus saludables consejos y clara doctrina, como queda largamente expresado en su vida. En todo y por todo procuró siempre tener á la vista la ley santa de Dios, sus divinos preceptos, los de la santa Iglesia y los de nuestra seráfica y apostólica regla, obser-